

Luis Merino Reyes

El retorno

(Cuento)



S probable que aquel hombre tuviera algo que expresar. Inició su madurez juvenil siendo un fanático del trabajo y ahora presumía de literato. Sucede con frecuencia que la vocación artística no es más que una larga tenacidad. Gaspar Sensacqua, así se llamaba nuestro artista, escribió algunos versos en su infancia, que a la postre siempre resulta demasiado adulta para los poetas. Un mal jurado cometió el desatino de otorgarle un premio, y desde ese acontecimiento su vanidad se proyectó apasionada. Sus versos mezclaban las leyendas cristianas con cierta frescura novedosa y formal. Los días domingo los leía en la academia literaria del colegio frente a sus boquiabiertos y pálidos admiradores. Sólo unos pocos condiscípulos le tomaron ojeriza; fueron aquellos que pretendían reemplazar la falta de inteligencia con buena conducta y enfermizo amor propio. Además, Gaspar Sensacqua constituía un muchacho pobre en un ambiente de caballeros ricos. Si se piensa

que sus tías, ángeles tutelares y aldeanos de su orfandad, no sabían vestirlo, se creerá que Gaspar hacía un papel deslucido y ridículo cuando, sin un centavo en el bolsillo, observaba a sus compañeros sonreír en el vestíbulo de la pastelería sin convidarle una miga de sus golosinas. El rostro de Gaspar Sensacqua resulta demasiado blando y dulce para ser el de un muchacho, y esto lo desesperaba haciéndolo presumir una broma que torturaba su imaginación, y que ciertas veces se la gritaron en sus oídos:— Que no era un hombre lo suficientemente viril. De allí derivó su inquietud por lucirse como un varón cínico indiscutible. Para colmo de su desgracia un aflautado profesor, pequeño, ojoso y de voz fea, arremetió en contra de su primer cuaderno de poesía, que acumulaba su fecundidad inédita bajo el título de «Plenilunio».

—Hay en Ud. mayor entusiasmo literario que resultados artísticos, exclamó, y publicar me parece una locura que más tarde deplorará.

Aquellas palabras construyeron el muro de la realidad y la experiencia frente al cráneo todavía blando y a los ojos, vueltos al revés, de Gaspar Sensacqua. Su reacción, no obstante, fué curiosa porque, en vez de enojarse con el profesor, se sintió herido y triste por su impertinencia y donó los mejores libros de su incipiente biblioteca a amigos y enemigos, entre ellos a los que escucharon la noticia de su fracaso literario con hipócrita satisfacción.

—No escribiré nunca una línea más, murmuró son-

riendo, deseoso de ser contradicho, y abandonó el colegio, semi fracasado en sus estudios de programa, para ingresar a un cuartel, a cumplir, anticipadamente, con el servicio militar.

Lucía un severo uniforme de soldado cuando, paseando sus ocios domingueros, se encontró con el erudito profesor que había enfriado sus primeros impulsos artísticos. Aquel maestro iba todo de obscuro y leía y tomaba notas bajo el más solitario de los árboles del paseo, como un dibujo a carbón trazado sorpresivamente por la naturaleza.

—¿Ud. sirve al ejército?, dijo sonriendo, a la vez que replicaba al saludo de Gaspar Sensacqua quien se erguía feliz y arrogante en su envoltura militar. Yo creo que hay allí muchos temas dignos de interés.

Tan respetuosa continuidad de conceptos sobre su condición de literato, le pareció rarísima a Gaspar, y comprendió que la crítica encarnizada había ocurrido antes como algo puramente educativo.

—En realidad suceden asuntos pintorescos, exclamó dispuesto a hilvanar alguna mentira, y recordó los continuos delirios de su vida nocturna hasta que, sin quererlo, tactaron sus ávidos sentidos la piel morena de Sara, una muchacha muy alta y ancha de caderas, a quien dejaba en prenda de futuros regalos un reloj de oro, tradicional herencia de sus antepasados.

Junto a la viveza de sus recuerdos el profesor resultaba un pájaro inocente, un especialista en huellas literarias.

—Ud. debe aprovechar estos asuntos, prosiguió el erudito . . .

Después alargó su mano flaca y pálida, consumida en los gabinetes de trabajo, deseoso de continuar en su lectura, distraída sin desagrado y con paternal afabilidad.

Gaspar Sensacqua reanudó su marcha presuntuosa por el brillante paseo público, que decoraban la vegetación y los espacios de aguas asoleadas, sin acordarse más de los consejos de su austero profesor, tan sumergido como estaba en la sed, cada vez más renovada de sus placeres.

Pero a los treinta años se sintió enloquecido de sucesos, de hechos imperiosos, que volcados en su vengativa sensibilidad, ululaban por salir a flote en una expresión humana que rivalizara con la realidad misma. Desgraciadamente, sus circunstancias habituales habían variado con el correr imperceptible de los años y le daban ese resultado que asombra al individuo porque constituyen el producto frío de la voluntad y de los anhelos de goce. Esta disminución real, que forma duro contraste con las ilusiones juveniles hacían de Gaspar Sensacqua un buen padre de familia, de tres chiquillos gordos y rosados, y el marido de una mujer de ojos glaucos y amargos. Frente a la resultante de sus afecciones, Gaspar no podía ocultarse que constituía la exclusiva fuerza abastecedora de su hogar, y tan dramática faena lo llevó a aislarse de sus amigos, con la resignación del esclavo que gira en silencio, firme en

la rueda de su noria. Semejante destino no ofrecería nada de extraño para cualquier individuo vulgar, pero Sensacqua se creía destinado a sorpresivas empresas y no dudaba de ser reconocido en la posteridad como un artista extraordinario, aunque todavía nadie paladeaba sus productos.

Cuando Gaspar llegaba a su casa, al regreso del trabajo, sus hijos se colgaban de sus piernas y le decían palabras tan dulces que el padre se sentía perdonado por sus intempestivos arranques de ira con que expulsaba a los pequeñuelos lejos de sí.

—¡Papito! ¡Papito!, le gritaban. ¿Qué me trajo? Y mientras Gaspar ocultaba la vergüenza de sus manos vacías, ellos giraban como una ronda de diablillos victoriosos.

Gaspar Sensacqua se disponía a comer sonriendo y su mujer, silenciosa y prudente, no interrumpía el monólogo de sus hondos pensamientos, quedándose de perfil, en una fina actitud de pájaro de ojos glaucos.

En la cabeza, siempre agobiada, de Gaspar se iban asociando, más o menos, estas crueles interrogaciones: ¿Soy acaso un escritor? ¿Cuándo podré escribir tranquilo en caso de serlo? Si con los elementos humanos de mi amigo el doctor Rojo, y con la furibunda conducta de mi tío Tadeo construyera un personaje y lo hiciera accionar y contrastar como un ser vivo... Bueno. Gaspar Sensacqua tenía una opinión juguetona, infantil de sus concepciones artísticas que, probablemente, dañaba la gestación de su obra porque lo llevaba a

presumir un éxito simpático, desproporcionado con sus méritos. Mientras tanto sus hijos hacían ruido. Uno gritaba: — Mi peloota, mi peloota... Y los otros dos corrían con esos trancos cortos que acarician la madera del piso y que completan el estilo luminoso de las casas con niños, siempre conmovidas, además, de llantos y de gritos.

—¿En qué piensa?, le decía su mujer.

—En nada, replicaba Sensacqua con dominado temblor, pero en su intimidad seguía desesperado el llanto de su hijo más pequeño, cuya voz se alzaba como una sirena y luego callaba el tiempo necesario para repetir su tonalidad con mayores bríos.—Esta noche escribiré sin falta, resolvía en seguida, y contribuía a que sus hijos se durmieran pronto, como un cirujano que destripa a su enfermo pensando en su cita de amor. Luego, se preparaba una dosis de café y se instalaba frente a una blanca carilla que así permanecía largo tiempo, hasta que estampaba en ella su nombre, en letras góticas, o el diseño horrible de un monstruo de tres cabezas y diez brazos, que siempre lucía enormes bigotes, sombrero de fraile y cejas vegetales. Después, lo vencía el sueño, hacía una bola ruborosa con el alcance de su inspiración y se iba al lecho, que su pequeña hija mayor invadía a media noche, en un rasgo de suplicante sonambulismo, al mismo tiempo que le perforaba los riñones y el vientre con los movimientos salvajes de sus piernas

Al amanecer, Gaspar Sensacqua se duchaba melancólico, alzado del lecho con más cansancio del que soportó en la víspera, con la garganta apretada y las pupilas desiguales. Miraba en el espejo su cuerpo, antes esbelto, que ahora se ensanchaba grasoso en la cintura, el vello abundante de su pecho amplio, su cuello corto sobre los hombros redondeados y los rasgos del rostro muy jóvenes desde lejos y envejecidos en la proximidad.

—Si al menos fuera un atleta, se decía a sí mismo. Renovaría a diario mi amor propio con algo tan simple y concreto como mis formas físicas, sería un impertinente insoportable; pero mi estructura es frágil, soy un bicho de escritorio, un hombre incapaz de soportar una pelea... Conducido por este pensamiento se acariciaba con una mirada indescifrable la totalidad de su cuerpo de macho, digno de ser amado. De esta suerte, se dirigía a la oficina con paso fatigado, saludaba con desgano a sus compañeros y se incrustaba en un rincón a trabajar, como un gran filósofo resignado con su artesanía cotidiana. De súbito, su mente se aclaraba con una concepción, al fin, coordinada y limpia y escribía, al correr de la pluma, dos o tres páginas estremecidas. Pronto lo despertaba la voz del jefe, quien decía a sus espaldas:

—Le dejé sobre el escritorio el decreto número cuatrocientos. Haga Ud. el favor de transcribirlo...

—Muy bien, respondía Gaspar Sensacqua movido

por una sólida disciplina automática, impregnada de orgullo y modestia

El jefe miraba de reojo sus facciones cansadas por el reciente éxtasis literario y parecía desdeñar y comprender el secreto de su tortura. Como la mayoría de los empleados, había escrito versos y prosas en su vida joven, y en la actualidad refugiaba su emoción en los pequeños acentos del mundo administrativo y en las academias retóricas de los banquetes de onomástico.

Gaspar Sensacqua abandonaba cuidadoso sus atormentados manuscritos y se desbordaba golpeando la máquina de escribir como un dinámico autómeta. El jefe se paseaba rozando su nuca, satisfecho de haber colocado un borrego en su sitio, articulando los torpes movimientos de su cuerpo de muñeco sensitivo y bien avaluado.

El siervo concluía su trabajo y lo entregaba al jefe; éste le daba las gracias, obediente a una consigna de sus hábitos, y se instalaba silencioso en su sillón, en una rara actitud de calma y alerta que se definía en el cuidadoso viaje de su pluma sobre el papel Sensacqua lo observaba con envidia y desprecio. Era un hombre que había logrado la coincidencia que a él martirizaba. Una sensual y cínica conformidad con su modesta gestión terrestre, de buena casa y aseado gallinero, sin descuidar la mención de su aptitud intelectual, lucida en los banquetes en honor de los poderosos. En estas fiestas pronunciaba unos discursos de factura lírica, que apuraban su respiración y enrojecían sus

párpados, y que algunos subalternos creían improvisados por la suavidad con que engarzaba las metáforas.

Gaspar volvía a sus originales y pensaba en su amigo, el poeta Andurandegui, un hombre joven, nervioso y activo, que estaba muy orgulloso de su ascendencia vasca y que se sentía con derecho a distribuir la actividad de cuantos lo rodeaban, accionado por un pueril sentimiento de superioridad. Tal hombre había solucionado el problema de la creación artística escribiendo a diario, un poco hoy y otro poco mañana, con esa rara certidumbre que se atribuye una clase de poetas, quienes llegan a creer en el carácter inamovible y revelado de cuanto sale de sus plumas. Releyó desilusionado sus pésimos originales, esforzada su voluntad por salvarlos con trucos literarios, repugnantes a su honradez. Luego, imaginó a su jefe en una polémica con su brillante amigo poeta, y se convenció de que la pequeñez triunfa sobre la ilusión y la astucia vence a la grandeza

El jefe era capaz de absorber un insignificante pensamiento ajeno y devolverlo, a su interlocutor, crecido y adulto con un sabor a realidad que lo hacía imbatible. Así se explicaba Gaspar Sensacqua que fuera su amo cuando él vegetaba como un grotesco gusano de oficina.

La lectura de sus manuscritos lo decepcionó nuevamente y, mientras su amigo de la infancia, ahora compañero de trabajo, deslizaba por su aceitada epidermis de intelectual, la noticia de sus esperanzas y fracasos

en las carreras del hipódromo, hablando por simple desahogo, ya que poseía la instintiva agudeza de enjuiciar a Gaspar Sensacqua como un personaje raro, éste sintió cristalizar su mejor idea, que propuso sin rubores, con enfática exageración, a su antiguo camarada:

—Pediré dos meses de licencia, exclamó. Despacharé a mi mujer y a los chiquillos a la provincia, a la casa paterna, y escribiré solo y feliz, para expresar la multitud de ideas que me atormentan.

Su amigo, que era un aristócrata de espíritu y de sangre, aceptó la determinación de Gaspar y le prometió obtener su licencia con el jefe, afirmando que la escasez de trabajo permitía concederla.

Gozoso, Gaspar Sensacqua, con la honrada justificación de que su presencia no era indispensable en la cueva ministerial, remitió hacia el sur a toda su hermosa familia de piel turgente y sana. Su voluntariosa necesidad de expresión artística lo hizo conducirse espantosamente sordo a los gritos tiernos de los rosados infantes, de ojos azules y ocurrencias tan sorprendidas, y a su buena mujer que lo besó sonriendo, quizás feliz de aliviarse, por algún tiempo, del extraño basilisco que la suerte y el aburrimiento de su pueblo le deparraron por cónyuge.

La partida de todo aquel bullicio dejaba a Gaspar Sensacqua en su anhelada soledad, en su casa pequeña y silenciosa, que ahora apreciaba más sombría; en su cuarto rodeado de libros, más complacido que en sus años de soltero, vigilado por sus angélicas tías. El ena-

morado de sí mismo estaba, al fin, en su elemento; libres los espejos para su imagen de solitario, callado el ambiente para sus altivos soliloquios, pero aquel día y esa noche no pudo iniciar trabajo alguno, ni la más simple versión de sus innumerables recuerdos. La contextura de su sensibilidad estaba asida a pequeños hábitos, al paso corto y sonoro de los niños en la madera, al perfil manso de su mujer, siempre reservada, in tempestivamente inconforme, a la horrible simetría de su empleo. Resolvió, pues, recurrir a sus amigos, pero un extraño mecanismo lo hizo devolverse pensando que ellos cautelaban la forma de una soledad incomprendida, al amparo de sus pequeñas afecciones domésticas. La ausencia de su mujer lo hacía economizarse hasta un extremo enfermizo, como si a diario tuviera que rendir cuentas de su conducta de hombre libre. Decididamente no era un escritor ni un artista. Durante las noches, en su casa solitaria, apetecible para el desarrollo de la creación, lo confundían los ruidos, el resque-
mor de los muebles inmóviles, el vuelo triste de los murciélagos, masticando sus silbidos, los pasos de un imaginario asaltante. Una semana de soledad lo mejoró de su presunción, al menos, mientras los factores de su temperamento no volvieran a coordinarse.

Gaspar Sensacqua salió en busca de su mujer, engendró un nuevo hijo, y acudió a su oficina solidario y respetuoso de su jefe, cordial con sus compañeros, realista en sus esperanzas, como un nervio vencido por la pesadumbre del ambiente.